

CAPITULO II.

VIRTUDES QUE SE DERIVAN DE LA CARIDAD.

“¡Socorro! ¡Socorro! Vosotros que sois ricos, venid al socorro de los que son pobres; vosotros que sois grandes, venid al socorro de los que son pequeños; vosotros que lo teneis todo, venid, venid al socorro de los que no tienen nada.” Mr. Félix, La Caridad cristiana.

I.—Cuadro sinóptico de las virtudes y de los vicios.

CARIDAD, que produce

La Humildad. *La Benignidad.*
La Beneficencia. *La Misericordia.*

Vicios que le son opuestos:

EGOISMO, que produce VANIDAD que produce
Envidia. *Lujo.*
Soberbia. *Prodigalidad.*
Ambicion. *Munificencia.*
Avaricia.
Gula.
Lujuria.

JUSTICIA, que produce

El Orden público y particular.
La Gracitud.
El Patriotismo.

Vicios que le son opuestos:

Hurto y Robo. *Crueldad con los desgraciados.*
Violencia en las personas. *Lenidad con los criminales.*
Ingracitud.

FORTALEZA, que produce

La Constancia. *La Sinceridad.*
La Paciencia. *La Fidelidad.*
La Templanza. *La Prudencia.*
La Castidad.

Vicios que le son opuestos.

Pusilanimidad. *Inconstancia.*
Pereza. *Ira.*
Falsedad. *Temeridad.*

PIEDAD, que produce

La Fe, La Tolerancia, La Resignacion.

Vicios que le son opuestos.

INCRECULDA que produce: SUPERSTICION que produce:
Indiferencia religiosa. *Fanatismo.*
Inmoralidad. *Hipocresía.*
Intolerancia.

II.—Humildad.

Todas las criaturas tienen cierto grado de perfeccion ó de imperfeccion relativas en su misma especie; y los únicos seres que pueden conocerlo son los racionales. Al adquirir este conocimiento y la conviccion correspondiente, puede el hombre atribuirse perfecciones que no tenga, ó exagerarlas; puede tambien disminuirlas. Como tal conviccion ó juicio no pueden ser absolutos, dependen mucho de que los demas hombres con quienes vivimos los confirmen, ó los contrarien mas ó menos directamente; pero tanto en la calificacion que hagamos de nosotros mismos, como en la que otros hagan, entra mas ó menos la fuerza pasional, exagerando el mérito de los que amamos y disminuyendo sus defectos, y al contrario, rebajando el mérito de las personas aborrecidas y exagerando sus imperfecciones.

Como lo mas amado de cada hombre es su propia personalidad, es seguro que por lo general tendrá juicios muy favorables acerca de ella; y si sufre pacientemente que otros no sean de la misma opinion, tiene la virtud de la *humildad*, de manera que ésta consiste en *vencer los impulsos del amor propio*. Se comprenderá muy bien, que el individuo que alcanza esta dominacion sobre sí mismo, es incapaz de hacer á los demas injusticia alguna, y que se halla dispuesto para acoger bondadosamente á sus hermanos. Este amor hácia los individuos de nuestra especie, particularmente cuando sufren ó son desgraciados, engendra virtudes diversas, en cuyos grados de elevacion va mostrándose la caridad. Es, pues, la humildad el punto de partida de tan gran perfeccionamiento moral.

La moderacion en las pretensiones, el dominio sobre nosotros mismos en los desprecios que creemos indebidos, la paciencia suprema en las adversidades, hé aquí los frutos de la humildad. Respecto de la divinidad, ser humilde es ser reverente y sumiso; en cuanto á nosotros mismos, la humildad significa buen juicio para no tocar el ridículo, lo exagerado, lo imposible; para nuestros padres y superiores legítimos, significa docilidad; en cuanto á nuestros hermanos y amigos, es el empeño de no disgustarlos sin grave motivo; y por lo que toca al comun de los hombres, inspira un trato prudente y benéfico al mismo tiempo, ajeno de toda jactancia y de cualquiera manifestacion ostentosa.

Pero como el obedecer, ceder ó complacer en ciertas ocasiones, es una verdadera infamia, la humildad debe calificarse segun las circunstancias y en órden al deber; porque no pocas veces, creyendo ser humilde se llega á la abyeccion y al último grado de bajeza, con solo sufrir pacientemente y á veces complacientemente, lo que debe repelerse aun con el sacrificio de la vida.

III.—Motivos para ser humildes.

Por lo demas, siempre hay gran dosis de vanidad en el saber humano, y de miseria en los medios de que puede disponer el individuo para hacer alguna cosa extraordinaria. Por mas que el mismo exagere sus medios y recursos, y aunque la filosofía lo excite para que se levante y se eleve, puede muy poco, y adelanta por cantidades infinitésimas.

“Dadme un punto de apoyo, dijo Arquímedes, y moveré con la palanca el cielo y la tierra. Grande en verdad es el poder de la palanca, pero es muy pequeño el hombre para producir tan admirable efecto. Para levantar solamente la tierra, se requeriria una palanca tal, que aun cuando Arquímedes hubiera podido correr, con la velocidad de una bala de cañon, 48 millas por hora, le hubieran sido necesarios 44,963.540.000 años para levantar apenas una pulgada de tierra. Este cálculo es de Ferguson.”

“Tambien Descartes dijo, que con materia y movimiento, construiria todo el mundo; palabras que se repiten con elogio, sin advertir que le faltaria una cosa mas alta, á saber, el órden moral é intelectual, y que con semejantes elementos se construye una máquina, però no un mundo. (1)

El convencimiento de que nuestras fuerzas son limitadas y pequeñas, y algunas nociones del sistema del universo en general, que ya se encuentran al alcance de cualquier hombre que quiera

(1) Hist. univ. de César Cantú. Epoca IV. cap. XXVII.

saberlas, corregirán por sí solos aquel dicho pretensioso del rey Alfonso, llamado el sabio, que no comprendiendo bien el sistema planetario de Tolomeo, que á la verdad era erróneo, exclamó: (1)
“Mejor hubiera yo aconsejado al Criador, si hubiese estado á su lado!”

IV.—Beneficencia.

De Jesucristo se dice en los Hechos de los Apóstoles (2),
“que iba por la tierra haciendo bienes.”

La Beneficencia es el medio mas seguro para atraerse las voluntades y conquistar los mas rebeldes corazones, acaso porque es un signo evidente de que nos quiere el que nos beneficia. Aquel, enseña Aristóteles, que hace bien á alguno, le ama mas que lo que él es amado. Montaigne dice: (3) el que da, ama y quiere mas que el que recibe; y todo obrero quiere mucho mas su obra, que lo que esta obra, si tuviera sentido, amaria á su autor.

El hombre benéfico, es como la luz que no brilla para sí misma, y que consume al objeto que la produce, en provecho de los que le cercan.

Se comprende desde luego que el hacer bien, es la piedra de toque que distingue al bueno del malo. *Creed las obras*, se nos ha dicho siempre; y esta máxima en lo relativo al trato social, es de una claridad y exactitud tan innegables, que ningun esfuerzo es capaz de hacer pasar como bueno al hombre que perjudica, ni presentar como malo al benéfico.

No puede darse mayor elogio que el que hace Plinio del emperador Tito, diciendo: *que la grandeza y la majestad no hicieron en él mas que igualar el poder de hacer el bien, con el deseo que de hacerlo tenia.*”

Este emperador, no acordándose una noche de haber hecho ningun beneficio, exclamó: *¡He perdido un dia!* ¡Con cuánta razon los romanos llamaron á Tito, delicia del género humano! (4)

(1) En este sistema la tierra es considerada como centro del universe, suponiéndose que á su derredor dan vuelta los cielos diariamente de Oriente á Occidente.

(2) Cap. 10, verso 38.

(3) Essais de Montaigne, libro 2.º, cap. 8.º

(4) “Tito, que pertenecia al número escaso de los hombres á quienes la prosperidad hace mejores, no se vió obligado á sostener exteriormente el honor del imperio; solo tuvo que combatir las pasiones y las venció, siendo la delicia del género humano.” Chateaubriand, Estudios históricos, primer discurso.

V.—Ostentacion.

Una circunstancia deslucce muy frecuentemente las acciones buenas, encaminadas al beneficio del prójimo, y es la ostentacion. Este género de vanidad, el mas disculpable de todos, es sin embargo un retrahente de recibir el bien y de apreciarlo. Realmente vale menos el beneficio que se hace para conquistar aura pública, porque entonces no es la caridad hácia el prójimo la que lo produce, sino el egeismo que busca aplausos.

El que con su conducta menosprecia á los que pretende favorecer y obligar, segun la feliz expresion del baron de Holbach, *cobra él mismo su deuda*. El hombre altivo y orgulloso, irrita, aun al hacer un bien, y el que hace ostentacion de su poder y superioridad, ofende é injuria.

VI.—Debemos hacer bien à nuestros enemigos y aun á los ingratos.

¿La beneficencia debe extenderse á los que nos han hecho algun mal? Responderemos con Plutarco, (1) que no vengarse de un enemigo, cuando se encuentra la ocasion, es una prueba de humanidad; compadecerse de él, cuando ha caido en la adversidad y prestarle los socórros que pidiere, es la señal mas inequívoca de benevolencia y generosidad. *Levanta del suelo, dice Focílides, la acémila de tu enemigo, si la encuentras caída en el camino.* (2) AMAD A VUESTROS ENEMIGOS, nos dice el cristianismo.

Aunque es natural esperar agradecimiento de parte de las personas á quienes hacemos bien, ó evitamos un grave perjuicio, este es un fin muy secundario de la beneficencia, que no está sujeta para ejercerse, á las veleidades del ingrato. El hombre benévolo, cumple la ley de sociabilidad, que nos manda ayudarnos en todo; y si otros no la cumplen, si no tienen un *ánimo grato* hácia sus benefactores, el mal es para ellos, porque sufre tanto su alma mezquina con el beneficio como con la ofensa.

VII.—Liberalidad, generosidad, cortesía.

La *liberalidad* y la *generosidad* son aplicaciones ó ramos de la beneficencia. Desde antes se ha reconocido la obligacion en que se halla el rico, de participar á los menos dichosos, de los bienes que le han proporcionado su inteligencia y economia; pero de-

(1) Plutarco, de la utilidad de los enemigos.

(2) Phocylid, car. vers. 133.

be verificarlo con discrecion, y tomando en cuenta, siempre que le fuere posible, el porvenir del que impetra su auxilio. *Levántate y anda*, dijo Jesucristo al paralítico de la Piscina, quien no tenia hombre que lo sumergiese en el agua milagrosa. Así ha de ser la liberalidad ó largueza; debe dirigirse á la salvacion del individuo que se ve postrado por la miseria, de manera que pueda despues andar por sí solo,

Cuando la liberalidad llega á tan alto grado de desinterés y de solícita prevision, cuando no toma en cuenta el sacrificio del benefactor sino el alivio del favorecido, adquiere el nombre de *generosidad*.

La urbanidad se refiere únicamente al modo de hacer las cosas ó decir las, á la observancia del mútuo respeto y consideracion que debemos á los demas. Es verdaderamente una virtud, porque requiere vencerse frecuentemente, reprimirse para que no estallen las malas pasiones, y aun para que el bien obrar tenga delante de la sociedad, decencia, finura y afabilidad.

Para algunos, la cortesía es asunto de pura exterioridad; y ciertamente, lo menos que puede exigirse de los hombres, es la mera apariéncia de la virtud. La sola práctica de las buenas maneras debe criar en ellos un hábito feliz, por el que evitarán las acciones indecorosas, de modo que si por otra parte observan la justicia, aunque sea solo por el temor de la sociedad, y llevados del deseo de buena fama, alcanzarán el título de hombres honrados, es decir, la opinion favorable de los buenos.

Mucho se equivocaria el que creyese que el mayor número de ceremonias es lo que constituye la urbanidad, como entre los chinos. Están minuciosamente reglamentadas entre ellos las etiquetas, de manera que el faltar á cualquiera, es asunto de la mayor entidad.

“El que hace una visita á otro, ya sea letrado ó comerciante, hace presentar por el portero una tarjeta (*tietsée*) roja y dorada, doblada en forma de abanico, con su nombre y cumplimientos, por ejemplo: *que el tierno y sincero amigo de su señoría, ó el discípulo perpetuo de su doctrina, se presenta en calidad de tal, á hacerle reverencia hasta la tierra.* Si es recibido, atraviesa los patios en la litera, y entra hasta la sala. Allí el ceremonial indica una por una las cortesías, las vueltas á derecha é izquierda, y los cumplimientos mudos; el rogar y negarse á pasar primero, el saludo que el amo de la casa debe hacer á la *silla destinada al huésped*, quitándole primero el polvo con la orilla de su vestido. Se sientan entonces gravemente y con la cabeza cubierta, que el descubrirse seria impolítico; el uno expone el objeto á que ha

venido, responde seriamente el otro; se trae despues el té, y está fijado el modo de presentarlo, de recibirlo, de llevarlo á la boca y de volver la taza al criado, cumplimientos que se renuevan á cada nueva oferta, y que son tanto mayores, cuanto mas elevada es la persona que las hace. ¡Figúrese el lector cuántas cortesías y melindres deberán hacerse á un plato mandado por el rey.”

“Al despedirse, consumen en melifluos cumplimientos mas de media hora. El dueño de la casa sale á ver montar á caballo ó entrar en la litera á su huésped; éste protesta que no hará nada en su noble presencia, y despues de mútuas instancias y repulsas, el dueño se retira un poco; el huésped monta y aquel vuelve á aparecer y á desearle feliz viaje. Aquí se repiten los cumplimientos; el huésped no quiere partir hasta que entre el dueño en su casa; éste no quiere hacerlo sin verlo marchar: tambien es cortesía que el amo de la casa despues de alguna instancia, se declare vencido y se retire; pero apenas el huésped se ha movido, cuando vuelve á salir dándole el último adios, al cual se debe responder con reverencia ó señas.”—“No bien ha echado pié á tierra en su casa cuando ve llegar á un siervo, á saber noticias suyas y á complimentarlo por su vuelta.”

VIII.—Respetos sociales.

La sociedad ha establecido grandes diferencias, entre los que se hallan diversamente colocados, por la autoridad que ejercen, por el saber, por la edad, ó por los servicios que han prestado al público.

Diariamente rebaja la ilustración general los cumplimientos inútiles, que por tales causas se tributan á los poderosos; pero quedan bastantes aún, para que de antemano estemos advertidos de las consideraciones que debemes guardar. La regla principal sobre este particular, se reduce á distinguir á los superiores, y darles el trato correspondiente, es decir, demostraciones de deferencia y de respeto.

De lo contrario, nos expondríamos á duras advertencias. Carlos II rey de España, cuando murió Felipe IV, su padre, admitió, segun la costumbre, á los grandes al besamanos. Uno de ellos, en su cumplimiento de pésame y felicitacion, se sirvió del nombre de *amigo*. Los reyes, dijo aquel monarca, *no tienen á sus vasallos por amigos, sino por criados*.

El emperador Antonino Pio llamó al filósofo estóico Apolonio, que se hallaba en Calcis de Siria, para que educase á Marco Aurelio. Llegado que hubo á Roma, contestó el soberbio filósofo,

á la invitacion que le hizo Antonino de ir al palacio: *Al discípulo corresponde ir á casa del maestro*.

El emperador puso de manifiesto la arrogancia del filósofo diciendo: *¡Ha venido desde Calcis á Roma, y ahora se le hace largo el camino desde su casa al palacio!* No obstante, ordenó que Marco Aurelio fuese á su casa.

Odenato de Palmira, jeque de una tribu de sarracenos, cuando vió á Sapor, rey de Persia hacerse temible por una gran victoria que habia obtenido contra los romanos, le envió protestas de sumision y una recua de camellos cargados de ricos dones. Al rey de reyes, que así se intitulaba Sapor, pareció insolente que un hombre oscuro se atreviese á escribirle, y rompiendo su carta hizo arrojar al rio los regalos, y le mandó decir, que le enseñaría cómo debía tratar á su señor, exterminándole juntamente con los suyos si no iba á prosternarse ante él, con las manos atadas á la espalda.

Este ultraje aumentó el valor del sarraceno, que juró humillar aquella jactancia ó perecer, y uniéndose á los romanos, causó tanto estrago en las tropas de Sapor, que lo obligó á dejar sus conquistas y hasta llegó á amenazar su capital.

Para no imitar á Apolonio, ni al gefe sarraceno, convendrá tener presente, que no recuerda la historia muchos reyes como Antonino Pio, ni es fácil tener los medios de humillar á un poderoso monarca como lo tuvo el célebre Odenato.

IX.—Afabilidad.

La *afabilidad* abre el camino á la verdad, por la confianza que inspira, y sirve de consuelo á los infelices. Bastante dignos son ya de compasion para que evitemos con ellos todo desprecio, altanería ó aspereza, y para que no nos neguemos á oírlos y escucharlos. ¡Cuántas veces una sola palabra dura é inconsiderada de nuestra parte, hará que pierdan toda tranquilidad las familias, que por su desgracia dependan de nosotros ó de nuestras resoluciones?

“La afabilidad, dice Masillon, *es como el carácter inseparable y la mas segura señal de grandeza*” Y nada pierde ésta de su dignidad por hacerse accesible á todos, dulce, y en los casos convenientes, hasta familiar.

X.—Complacencia, lisonja, adulacion.

El consejo muy justamente repetido, que nos dice, *“que la virtud está en el medio,”* nos advierte tambien, que en la complacencia

cia y agrado que mostramos á los demas, no debemos tocar el exceso. La complacencia exagerada que de pronto tal vez lisonjea, porque todos deseamos el aplauso, enfada y fatiga á la larga.

Se comprenderá por lo mismo que se ha tocado á la adulacion, luego que la complacencia sale de sus límites naturales, y que se elogia delante de las personas sus cualidades, con el ánimo de obligarlas al agradecimiento. El elogio puede ser merecido, y sin embargo, por su inoportunidad, reprehensible; ¿qué diremos de la lisonja, de la adulacion, que recaen sobre cualidades que no existen ó sobre verdaderos defectos? En la corte de Alejandro abundaban personas con la cabeza caída hácia uno de los hombros, para imitar al héroe que tenia este defecto.

Anaxarco insinuaba á Alejandro que mandase traer á la mesa las cabezas de los reyes y de los sátrapas; y cuando oia ruido en el cielo, le preguntaba: *¿eres tú quien truenas, oh hijo de Júpiter?*

XI.—Benignidad.

Si la suerte futura de los hombres, despues de la muerte, tiene algunas oscuridades, consigüentes á la debilidad de nuestro espíritu; la experiencia nos dice á cada momento, cuánta es la dicha que gozan las personas de corazon bondadoso. Son las que ven las acciones por su mejor lado, y no sufren con suspicacias y temores, acerca de los mas puros y necesarios afectos de la vida; encuentran generalmente justicia y aun favor, porque contra ellas no está sublevado el orgullo ni el resentimiento de nadie.

Somos tan miserables individualmente, que parece debiera sernos inherente la benignidad: examinándonos con atencion, viendo nuestras faltas secretas y recordando nuestras repetidas debilidades, nos convencerémos de que tantas imperfecciones reclaman una mútua indulgencia. Seamos, pues, benignos, bondadosos y benevolentes, en todas las ocasiones que no se oponga la justicia.

XII.—Misericordia, clemencia.

Estas solas palabras traen la idea de Dios, del sumo amor, de la grandeza absoluta, que perdona, rehabilita y levanta al débil sér que se atrevió á quebrantar las leyes de la moral, que son la norma de su propia perfeccion.

El hombre necesita acordarse de su miseria, de su nada, para ser misericordioso, y está obligado á perdonar aun en aquellos casos en que por la ley humana podria herir. Cuando excitado

por su propia organizacion camina á la venganza, cuando va á dar una prueba flagrante de que está sujeto á los ruines instintos de la carne y de la sangre, entonces se levanta el espíritu y engrandece á ese gusanillo diciéndole: ¡perdona é imita á la divinidad; perdona porque Dios confunde al que es llevado de la saña y de la ira; perdona si á tu vez quieres ser perdonado!

Se engañan los que creen perdida toda obra de misericordia y de compasion hácia ciertas clases infelices, en las que se supone extinguido el agradecimiento y muertas todas las pasiones generosas. En la gran guerra de los esclavos que se verificó en Sicilia hácia el año 139, antes de Jesucristo, la venganza de los sublevados se sació primeramente con los amos crueles que cayeron en su poder, y entre estos principalmente un tal Demófilo de Etna, que tenia gusto en marcar con un cuchillo la cara de sus esclavos, y en apalearlo á algunos diariamente, y su mujer Megálida que se deleitaba en los suplicios de sus siervas. Ambos fueron expuestos en el teatro, y juzgados allí con toda ceremonia. De resultas del juicio, Demófilo fué muerto afrentosamente, y Megálida entregada á las siervas que la hicieron pedazos; de su familia solo se respetó á una niña, que cuando veia maltratados á los siervos, los compadecia, los socorria en la prision, los curaba en sus enfermedades y les daba alimentos.

En muchas ocasiones es la clemencia una virtud muy fácil, porque se reduce á no hacer mal, y es sin embargo, digna siempre de los elogios mas entusiastas por los muchos bienes que produce. Muerto Sertorio traidoramente por Perpena, su teniente, llevó éste á Pompeyo las cartas que le habian escrito á Sertorio desde Roma. Pompeyo condenó á muerte al traidor y á varios de sus cómplices, y mandó quemar las cartas, por temor, decia, de ver comprometido en ellas á algun ciudadano ilustre. Tambien César quemó las cartas de Pompeyo cuando ganó la batalla de Farsalia, y despues del triunfo gritaba: ¡perdonad á los ciudadanos romanos! Mejor hubiera dicho: perdonad á los vencidos; pero entre los pueblos antiguos, el amor de la humanidad se limitaba á los compatriotas.

El siguiente rasgo deberia escribirse con letras de oro en los palacios, para desterrar á todos los delatores, y para recordar á los poderosos la misericordia. "Un cortesano dió aviso á Carlos V del lugar en que estaba oculto un reo de Estado, cerca de una ciudad por donde pasaba el emperador.—*Hubiera sido mejor, respondió este rey, ir á decirle donde yo estoy, que decirme donde él está.*"

P. ¿Qué es Humildad?

R. Es una virtud por la cual nos resignamos á los desprecios é injusticias innmerecidas, siempre que no sea con menoscabo de la reputacion de honradez que á todo trance debemos conservar.

P. ¿Qué es Beneficencia?

R. Es la costumbre de hacer bien á nuestros semejantes, en tanto nos es posible.

P. ¿Qué se entiende por Benignidad?

R. Es el hábito de considerar las acciones de los demas por el aspecto mas favorable.

P. ¿Qué quiere decir Misericordia?

R. Perdonar al culpable en aquello que ha ofendido nuestro derecho particular.

P. ¿A cuál de las virtudes expresadas referís la Liberalidad, la Generosidad, la Urbanidad y la Cortesía?

R. Todas se derivan de la beneficencia, pues que dando algo de nuestros bienes somos liberales; emprendiendo acciones difíciles que pueden redundar en perjuicio nuestro, pero que son encaminadas al provecho de otros, somos generosos; y tratando á los demas con los miramientos y consideraciones que el respeto social exige, somos urbanos y corteses.

P. ¿Qué defectos debemos evitar al cumplir los deberes de cortesía?

R. La lisonja y la adulacion.

P. ¿Qué es Lisonja?

R. Halagar el amor propio de alguno, para obligarle al agradecimiento.

P. ¿Y que se entiende por Adulacion?

R. Exagerar las buenas cualidades de alguno en su presencia, ó disminuir sus naturales defectos, y aun aprobar sus malas acciones.

P. ¿Y por qué se prohiben la lisonja, la adulacion, y cualquiera otra afectacion en el trato?

R. Porque dañan siempre la verdad, exaltan el amor propio de los demas, y ocultan perversas intenciones.

CAPITULO III.

DE LOS VICIOS OPUESTOS A LA CARIDAD.

I.—Egoismo, envidia.

No juzgar de las cosas sino con relacion á nosotros mismos; obligar á los demas, á que nos consideren, sin considerar á nadie; calificar el mérito de las personas segun lo que nos sirven, y no servirles en cosa alguna, creyéndonos superiores á todos; son lamentables exageraciones del cuidado y atencion que nos debemos, por cuyo exceso somos frecuentemente ridículos, nocivos é intratables.

Andan siempre juntos el egoismo y la envidia, dando origen á muchos defectos, y mostrando el lado miserable de la humanidad.

A los ojos del envidioso, se agranda la felicidad ajena solo para atormentarle; no obstante que en toda ocasion procura rebajarla, y hacerse el desdeñoso de una dicha que no puede alcanzar.

Por tan ruin pensamiento llega á gozarse en el mal de otro, y siempre que le es dable, cambia en perjuicio lo que estaba destinado al provecho comun. El envidioso, si pudiera, privaria de aire á la especie humana, y el egoista lo quisiera todo para sí.

La sociedad que cubre como una madre á todos sus hijos, tarda en advertir quiénes son los egoistas y los envidiosos; alimenta en su seno á estos reptiles, y recibe en premio de sus beneficios, el disgusto de sus malas acciones, y la vergüenza de sus infames sentimientos.

Es tan antisocial el egoista, que verdaderamente perturba la armonía general, mancha la pulcritud de la obra de Dios, é impide que aparezca como un bello y magnífico conjunto de buenas voluntades y de relaciones de bienestar entre los hombres.

“Un emperador de la China preguntó á su ministro ¿qué castigo daria á unos cortesanos envidiosos, que perseguian con difamaciones á unos letrados de origen muy humilde, que por su mérito se habian elevado á las dignidades? Yo no conozco sino uno, respondió el ministro, que es mas terrible para el envidioso que las torturas y la muerte misma; éste es hacerlo testigo de las prosperidades de los que persigue.”